TEATRO CÓMICO.

EL MÉDICO BRUJO.

Los derechos que han de cobrarse por cada representacion de una de las piezas del «Teatro Cómico,» son

En los teatros de primera clase.....	30 rs.
En los de segunda.....	20
En los de tercera.....	10
En los demas teatros, sociedades y cafés.....	8

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

EL MÉDICO BRUJO.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elmdicobrujojugu00mozo

EL MÉDICO BRUJO,

JUGUETE CÓMICO ESCRITO EN PROSA

Y ORIGINAL DE

DON EMILIO MOZO DE ROSALES.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.

LUISA, mujer de DON VALENTIN.

FEDERICO, médico de la casa.

La accion pasa en Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Emilio Mozo de Rosales, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar; ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la coleccion de piezas, titulada *El Teatro Cómico*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

El propietario se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegante.—Puerta al foro y dos laterales.—En el fondo un armario con platos, botellas, postres, y un delantal de cocina.—Á la derecha un velador con libros y papeles.

Al levantarse el telon, Luisa se pasea dando muestras de una agitacion violenta.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.

No puedo permanecer por más tiempo en esta ansiedad cruel.—He escrito á mi primo, rogándole que se marche por algun tiempo de Madrid, que me olvide, que no turbe mi reposo doméstico, y al médico de casa para que recete algun anti-espasmódico que calme mis nervios, pero ni el primero me contesta ni el segundo me cura.—Qué hacer?—No puedo vivir así.—Si tuviera criada la enviaria... pero ni este recurso me queda—la mia se marchó ayer... Tal vez haya ido mi primo á ver á nuestra tia Verónica, y le haya hablado de su proyecto.—Es preciso que yo vaya á preguntar... (Entra en el cuarto de la derecha.)

714520

ESCENA II.

LUISA, D. VALENTIN, foro, derecha.

VALENT. Luisa, Luisa... Luisa... (Gritando.)

LUISA. Qué es eso? ¿se ha pegado fuego á la casa?

VALENT. Aunque así fuese no te darias mucha prisa á apagarla.

LUISA. Tengo que salir.

VALENT. Para qué?

LUISA. Para calmar con unas cuantas vueltas al aire libre esta sobreestacion nerviosa que me mata.

VALENT. Pues yo quiero calmar mi apetito.

LUISA. Jesus! todos los dias tienes hambre.

VALENT. Como que no se ha descubierto aun el modo de vivir sin comer. Si algun industrial moderno da con esa invencion peregrina, que cuente conmigo. Me suscribo por ciento noventa y nueve acciones.

LUISA. Vé al café.

VALENT. Para que me den un bistef de goma elástica.

LUISA. Toma pastelillos.

VALENT. Prefiero algo más sólido.

LUISA. Jesus! aquí en el armario habrá... pan... vino... alpiste... (Buscando en el armario.)

VALENT. Mira, el alpiste te lo comes tú ó se lo das al vecino de enfr ente.

LUISA. Pues yo me marcho.

VALENT. Pero mujer, si no hay criada...

LUISA. Te sirves tú mismo.

VALENT. Señora doña Luisa!!

LUISA. Ya sabe usted que no me asustan esas exclamaciones melodramáticas. Comprendo de cuánto es usted capaz y del estado de esclavitud y de abyeccion á que quiere reducirme, pero no lo conseguirá usted.

VALENT. Si yo lo que quiero es almorzar...

LUISA. Ya sabe usted que tengo un carácter violento, indomable, nervioso... Ay! ya me va á dar el ataque... que me da... (Fingiendo que se cae.)

VALENT. El ataque! sal, hija mia, sal; vete al Retiro, échate en el estanque...

LUISA. Qué?

VALENT. Es decir... toma tu abanico, tu frasquito de sales.— Adios, adios y no vuelvas hasta que estés completamente restablecida.

LUISA. (Corro á casa de mi tia Verónica.)

ESCENA III.

D. VALENTIN.

Toma, imbécil maridazo.—(Dándose bofetones.) Toma, por haberte casado con una mujer indomable.—Ay! casi me he hecho sangre en las narices... y no es mia toda la culpa; porque, cómo habia de haber adivinado yo hace tres años el cambio que ha sufrido su carácter de un mes á esta parte!... Dice que todo depende de los nervios... (Gritando.) que me indiquen un médico célebre—el mio no vale dos cuartos— una eminencia, y caeré á sus pies exclamando: *Cure usted á mi mujer*— la bolsa ó la vida.—Á propósito de vida, yo necesito tomar algo para calmar mis penas. (Abre el armario y saca la botella de vino y el pan.) Pan y vino. (Deja estos objetos sobre un mueble.) Yo necesito algo más suculento.— Ah! ya sé. (Se pone un delantal de cocina que hay sobre una silla.) Confeccionaré dos platos.—Patatas fritas con manteca y manteca con patatas fritas.—(Se oye un campanillazo.) Cáscaras! una visita ahora, pues estoy decente para recibirla. Ah! será el aguador... (Sale, foro derecha, y vuelve á entrar al momento con una carta en la mano.) Espere usted que busque el cuarto... en dónde habrá un cuarto suelto?... (Buscando.) Nada, no... (Gritando.) Mañana se le dará á usted...—Se marcha dejando la puerta abierta... (Dando vueltas á la carta.) No conozco la letra.—Ah! será alguna peticion sobre las infinitas deudas que contrae diariamente mi pupilo. Tuve la desgracia de casarme con su prima y la debilidad de

encargarme de él, siendo esto uno de los desatinos mayores que he cometido en mi vida, porque el tal primíto es de lo más calavera y maniroto que se conoce. Afortunadamente no vive en casa, y si no fuera por mi mujer, no le recibiria más que el dia primero de cada mes. (Pone la carta que ha abierto ya, sobre el velador, teniendo cuidado de dejarla caer.) Luego la leeré... ocupémonos ahora de mi almuerzo.

ESCENA IV.

FEDERICO.

La puerta abierta de par en par, y el gabinete desierto.—No me extraña nada de lo que sucede en esta casa, porque su dueña ha perdido la cabeza... ó poco ménos.—Aventura más singular! Si supiera que me ha enviado equivocadamente la carta que estaba destinada á su primo, el cual habrá recibido á su vez la que me estaba destinada á mí. Oh! mujeres! Cierto es que le ruega que huya, y que se defiende con todo el valor que prestan la virtud y la razon, pero quién sabe si más tarde... En fin, yo soy médico, y las penas del alma no son de mi incumbencia. Veamos si por aquí... (Indicacion de entrar en la habitacion de la derecha.)

ESCENA V.

FEDERICO, D. VALENTIN.

VALENT. En dónde está la sal?

FED. La sal?

VALENT. Ah! dispénseme usted... no habia reparado... sigue usted bueno?—(Quitándose el delantal.) (Yo sí que estoy bueno.) Estaba pintando unas patatas... es decir... Habrá recibido usted acaso alguna carta de mi mujer?

FED. Sí... (No sé qué decirle.)

VALENT. Ay! amigo mio, soy muy desgraciado. (Llorando.)

FED. Pues cómo! ¿aquella ligera indisposicion nerviosa?...

VALENT. Se agrava por momentos.

FED. (Ya lo creo que se agrava.)

VALENT. El mal está aquí... (Señalando la frente.)

FED. Sí señor, sí, en la cabeza.

VALENT. Señor don Federico de mi alma, yo no puedo vivir de este modo, cúreme usted á mi mujer, cálmela usted ó empleando una palabra gráfica, domestíquela usted.

FED. Lo que usted me pide es un poco difícil.

VALENT. Pero es posible que en la Farmacopea española no haya alguna planta, algun árbol...

FED. Sí señor, hay uno.

VALENT. Cuál?

FED. El fresno.

VALENT. Una madera tan dura...

FED. En esa dureza estriba su virtud.

VALENT. Pero se empleará solo la corteza?

FED. Uno y otro.

VALENT. La parte leñosa tambien?

FED. La leñosa tambien; pero como este medicamento no se vende todavia en las boticas de Madrid, es imposible hacer nada.

VALENT. No señor, yo quiero que usted cure á mi mujer, ó que la obligue á reflexionar por lo ménos sobre mi suerte.

FED. Reflexionar es diferente... (Si yo me sirviese de la carta que la casualidad ha puesto en mis manos...)

VALENT. Encuentra usted algo?...

FED. (La paz de esta casa lo exige, y sobre todo mi propósito es bueno.)

VALENT. Qué medio vamos á emplear?

FED. El de Mermer y Cagliostro.

VALENT. El magnetismo?

FED. Precisamente.

VALENT. Pero usted cree...

FED. He visto resultados prodigiosos. Mas le diré á usted; basta algunas veces saturar de fluido un objeto cualquiera, un libro, por ejemplo, una pluma, una carta,

para que este objeto, puesto en contacto con el enfermo...

VALENT. Le cure.

FED. Produzca en él por lo ménos una crisis provechosa.

VALENT. Cosa más rara!

FED. Usted quiere que probemos?...

VALENT. Sí señor, sí, sature usted de fluido la casa, y si no basta esto, toda la calle.—Silencio, creo que es ella.

ESCENA VI.

DICHOS, LUISA, muy enojada.

LUISA. Hasta la desgracia he tenido de no hallar á mi tia Verónica en su casa.

VALENT. Ah! con que has ido?...

FED. Señora... (Saludando.)

LUISA. Señor don Federico... (Á D. Valentin, con inquietud.) No ha venido nadie? (Qué desgraciada soy!) (Dejándose caer con rabia sobre una silla.)

VALENT. (Ap. á Federico.) (Empiece usted pronto... porque mueve mucho las narices, y esta es una señal inequívoca de que va á tener otro acceso.)

FED. (Id.) Voy.—Aléjese usted un poco.

VALENT. (Bueno, bueno.—Obre usted como si yo no estuviera.

FED. (Ap. á Luisa.) Se encuentra usted peor, señora?

LUISA. (Id.) Ahora precisamente no, pero esta mañana cuando escribí á usted...

FED. Cuando creyó usted escribirme... (Con dulzura.)

LUISA. No comprendo.

FED. Únicamente el sobre... era para mí.

LUISA. (Levantándose.) Y la carta que habia dentro del sobre?

FED. Para su primo de usted.

LUISA. Ay! (Volviendo á caer sobre la silla y ocultando el rostro.)

VALENT. (Aturdido.) Lo ve usted, lo ve?—Ya tenemos el ataque encima.

FED. No se asuste usted.—No ha sido nada.—Yo le explicaré á usted en dos palabras la causa...

LUISA. (Levantándose con viveza.) No es necesario; ya pasó... y estoy tan buena.

VALENT. Tan buena! (Asombrado.)

FED. Figúrese usted... (Queriendo explicar á D. Valentin.)

LUISA. Si mi marido tiene que hacer.—Anda, hijo mio, anda á almorzar; que ahora iré yo á hacerte compañia.

VALENT. (Oh! prodigio.) (En el colmo del asombro.) (No hay duda, es un médico brujo.)

LUISA. Anda, queridito, anda; que me da pena verte ahí toda la mañana sin tomar nada.

VALENT. (Yo queridito suyo... yo?...)

FED. (El fluido.) (Al oido de D. Valentin.)

LUISA. Parece que estás tonto...

VALENT. Sí, tonto... tonto... Oh! genio sublime... Oh! Cagliostro... conque ya puedo contar contigo para todo?

LUISA. Para todo, pero anda.

VALENT. (Mirando á D. Federico.) Mi médico... nuestro médico es el primer médico que ha salido de la escuela médica... Voy á pensar en mi felicidad y á comer patatas fritas.

ESCENA VII.

LUISA y D. FEDERICO.

LUISA. (Es preciso que yo averigüe si he cambiado realmente las cartas ó si entre los dos quieren tenderme un lazo.)

FED. Siento infinito que mi franqueza haya producido en usted una emocion tan fuerte.

LUISA. Su noticia de usted me ha hecho reir únicamente.

FED. Ya! está usted segura de mi discrecion.

LUISA. Tanto más cuanto que no puede existir el cambio de que usted habla.

FED. Por qué?

LUISA. Porque no he escrito á mi primo hace más de un año.

FED. Se atreveria usted á negarme...

LUISA. Qué invencion tan peregrina!

FED. Invencion?...

LUISA. Ya ve usted lo inquieta que estoy.

FED. Me cree usted capaz de una impostura?

LUISA. Si no le diese usted importancia, diria que era una impostura inocente, pero sirviéndose usted de ella para turbar mi reposo, la califico de infame.

FED. Señora!

LUISA. De infame, sí.—Deseo repetirlo en voz alta.

FED. Puesto que su osadia de usted llega á tal extremo... (Buscando en sus bolsillos.)

LUISA. (Ay, Dios mio, la tiene.)

FED. Yo la probaré á usted que un hombre de mi clase no se degrada hasta el punto... (Viendo que no encuentra la carta.) Qué es esto?

LUISA. (La ha perdido,—me he salvado.)—No trate usted de asustarme por más tiempo.—Esa carta no existe...

FED. Cómo que no existe.—(Acaso al sacar la petaca en el estanco de la esquina...)

LUISA. (No hay duda, la ha perdido.)—Enséñemela usted entónces, vindíquese usted á mis ojos, pruebe usted con hechos que no ha querido usted inferirme un agravio y descubrir de un modo reprobado y capcioso los secretos de mi corazon...

FED. De un modo capcioso... Sí, señora, sí; yo buscaré esa carta por todas partes.—Mi dignidad lo exige. (Se marcha corriendo.)

ESCENA VIII.

LUISA, D. VALENTIN.

VALENT. Por qué se marcha corriendo ese nuevo Hipócrates?

LUISA. Porque le he despedido yo.

VALENT. Tú!

LUISA. Sí, señor, yo:—me parece que soy dueña de recibir en mi casa á las personas que quiera.

VALENT. Lo comprendo todo.—Te sentias fascinada por ese sa-

bio, adivinabas su poderosa influencia, el cambio que su pasmoso procedimiento iba á operar en esta casa, y has cortado á todo trance la corriente eléctrica para conservar tu preponderancia y destruir la mia; pues bien, el enfermo se convertirá en médico.

LUISA. Qué significa ese galimatias?

VALENT. Que el Bruto antiguo mató á César...

LUISA. Y que tú eres el bruto antiguo.

VALENT. No tal, seré el bruto moderno.

LUISA. Reserva tus discursos para mejor ocasion, y sobre todo no te fies de un hombre que puede comprometer tu felicidad.

VALENT. Qué disparate.—Su intencion...

LUISA. Todo cuanto hace es peligroso para tí.

VALENT. Peligroso?

LUISA. Suceda lo que suceda probaré siempre que he luchado hasta el último extremo y que soy inocente.—No te digo más.

ESCENA IX.

D. VALENTIN, despues FEDERICO.

VALENT. Pues señor, el piso principal de mi mujer (Señalando la frente.) está completamente desalquilado. He luchado hasta el último momento... ese hombre conspira contra tu felicidad... ¿Qué tiene que ver el magnetismo, el fluido?... Ah!! caracoles! vaya si puede tener que ver... y ahora que caigo, esa fascinacion que sobre mi mujer ejerce provendria acaso de la... de... yo no sé de donde proviene, pero lo cierto ello es que ese hombre es muy peligroso para un marido, y que Luisa ha hecho perfectamente en despedirle. Me horrorizo al pensar... (Sigue reflexionando.)

FED. (Entra agitado y sin que D. Valentin repare en él.) No estaba en el estanco ni en la escalera... Si la habré dejado caer por aquí... (Mirando desde la puerta.)

VALENT. Llega el tal medio brujo en ocasion en que el marido está ausente, emplea el sistema de Cagliostro con la mujer y... (Reflexionando.)

FED. (Viendo la carta que D. Valentin dejó caer en la escena tercera.) Ah! (Recogiendo la carta.) No es la que yo busco...

VALENT. Estaba usted ahí.

FED. (Guardándose la carta con rapidez.) Sí, señor...

VALENT. (Parece que está agitado.)

FED. (Con este insignificante papel, puedo todavia vengarme.) Y doña Luisa?...

VALENT. Ocupada.

FED. Pues es necesario que volvamos á empezar.

VALENT. Empezar, qué?... Su sistema de usted es ridículo é ineficaz.

FED. Cómo ineficaz!

VALENT. Luisa se burla de él.

FED. Se burla porque no he apelado aun á los grandes recursos... á su mujer de usted le hace falta...

VALENT. Á mi mujer no le hace falta nada.

FED. Se engaña usted.

VALENT. Si lo sabré yo.

FED. Va usted á verlo.

VALENT. Lo único que conseguirá usted con su sistema será irritarla más de lo que está.

FED. Como una malva he de ponerla antes de dos minutos.

VALENT. Usted!

FED. Y más obediente que novicia en viernes de cuaresma.

VALENT. Eso sí que no lo creo.

FED. Mándela usted con imperio, aje usted su amor propio, y verá usted cómo humilla su frente al rigor conyugal.

VALENT. Casi estaba tentado de hacerlo, para ver un milagro. .

ESCENA X.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Con quién hablas, Valentin?

FED. Conmigo, señora.

LUISA. Ah! (Otra vez.)

VALENT. (Ha dicho. Ah!!)

LUISA. (Su mirada me hace temblar.)

FED. (Ap. á D. Valentin.) Observe usted el efecto que la produce mi presencia.

VALENT. (No aparta sus ojos de él—está como asustada.—) Acércate, hija mia, cualquiera creeria al ver tu indecision, que tienes miedo...

LUISA. Qué desatino ¿por qué? (D. Valentin la toma la mano.)

FED. (Ap. á Luisa y señalando uno de los bolsillos del gaban.) La tengo aquí.

LUISA. Oh!

VALENT. (Tiembla.) (Ap. á D. Federico, que queda en medio.) Por qué ha temblado su mano dentro de la mia, quiero saberlo.

FED. Porque la he magnetizado á pesar suyo.—Ya está en disposicion de hacer cuanto usted la mande.

LUISA. (Mi posicion es atroz.)

VALENT. Todo? (Ap.)

FED. Todo. (Ap.)

LUISA. (Qué se estarán diciendo, Dios mio. No sé qué partido tomar.)

VALENT. (Vamos á verlo.)—Luisa... (Con acento brusco.)

LUISA. Qué quieres, esposo mio?...

VALENT. Quiero que me traigas las babuchas inmediatamente.

LUISA. No estoy acostumbrada á que se me mande de ese modo.

VALENT. Inmediatamente he dicho. (Gritando.)

LUISA. Te atreves á hablar así á una mujer delicada.

FED. Tiene razon, señor don Valentin, y para que usted comprenda la gravedad del mal, yo le probaré á usted con los datos necesarios las causas... (Buscando en el bolsillo.)

LUISA. Es inútil, no se moleste usted—mi marido no pide más que sus babuchas, y voy á traérselas inmediatamente. (Con mucha dulzura.)

VALENT. (Se me erizan los cabellos.) Ha comprendido usted mal, no he pedido las babuchas...

LUISA. Cómo que no has pedido las babuchas.—Piensas jugar conmigo como se juega con una niña de dos años? Has dicho clara y distintamente...

VALENT. He dicho clara y distintamente tráeme la bata.

LUISA. No señor; pero qué necesidad tengo de contestar siquiera á un hombre que se complace en ponerme en ridículo delante de una persona extraña.

FED. Dispense usted, señora, yo he oido tambien...

LUISA. Cómo! tendria usted la osadia de afirmar que mi marido me ha pedido la bata.

FED. Con todas sus letras.

LUISA. ¿La bata!!

VALENT. La bata, sí, la bata con todas sus letras.

LUISA. Pero esto es horrible, y si mi primo estuviera aquí, no consentiria...

FED. No tengo la menor duda en creer que haria un disparate, porque el tal primito es tan audaz, tan imprudente. Figúrese usted, señor don Valentin...

LUISA. No compliquemos la cuestion, sacando á relucir personalidades y defectos que no vienen al caso. Mi esposo ha dicho: «tráeme la bata,» y debo traérsela al instante.

VALENT. Sin la más leve oposicion.

LUISA. Pues no faltaba otra cosa. La mujer debe sufrir las excentricidades de su marido...

VALENT. (Gritando.) Yo no tengo excentricidades, señora!

LUISA. Cumplir sus órdenes, satisfacer sus caprichos, y morir de rabia y de vergüenza. (Arrugando el pañuelo con rabia.)

VALENT. Qué es eso, te pones mala otra vez?

LUISA. Ni por pienso; estoy mejor y más alegre que nunca.—Pues no ¿lo ves en mi rostro? Don Federico, que está encargado de curarme, te lo dirá.

FED. Vaya si lo diré; y que reconciliada con su esposo, no le abraza delante de mí por no faltar á las conveniencias...

VALENT. Será posible, Luisa? Tiene tal poder la brujeria... quiero decir, es tan bondadoso tu corazon que me per-

donas, y deseas abrazarme?

LUISA. (Yo me ahogo.)

FED. Pues no lo está usted conociendo, hombre?—La pobrecita está á punto de llorar!

LUISA. Caballero!...

VALENT. Luisa de mi alma!

LUISA. Te suplico... (Al retirarse para que D. Valentin no la abrace, deja caer el velador.) Oh! esto es insoportable.—Todo por el suelo...

VALENT. Si has sido tú.

LUISA. No señor, ha sido usted.

VALENT. Tú, Luisa; que diga Federico...

LUISA. Don Federico no tiene que decir nada, ni que ver nada, ni que disponer nada.—La paciencia tiene límites, y estoy á punto de cometer un disparate.

VALENT. Por tan poca cosa?

LUISA. Mire usted mis azabaches esparcidos.

VALENT. Pues yo los recogeré uno por uno. (Lo hace.)

FED. Tome usted un papel en donde envolverlos. (Sacando la carta.)

LUISA. (Mi carta!) No, no; muchas gracias...

VALENT. Venga ese papel. (Sin volver la cara.)

LUISA. Si te digo que no hace falta.—Esos azabaches no valen la pena de ser recogidos.—Levántate, por Dios... parece mal que estés en esa postura.

VALENT. (Recogiendo siempre azabaches.) Quiero reparar mi falta.—Ya tengo un puñado... déme usted ese papel que me ofrecia usted.

FED. (Buscando.) Ah! sí, voy.

LUISA. (Le va á dar mi carta.) (Lanza un grito y cae sobre una silla.)

VALENT. Luisa, hija mia... tiene las manos como la nieve...

FED. No se asuste usted. (Sentándose y escribiendo.)

VALENT. Pronto, un medicamento enérgico, don Federico, que sus músculos se contraen de un modo que me asusta. —¡Qué hemos hecho!

FED. (Ap. á D. Valentin.) Magnetizarla demasiado; pero lo que

acabo de prescribir la calmará al momento. Corra usted á la botica más próxima.

VALENT. (En el sistema de este hombre, hay algo de sombrio y de horrrible que me espanta.)

FED. (Solo queria alejarle.)

ESCENA XI.

LUISA y D. FEDERICO.

LUISA. Está usted satisfecho de mi obediencia, ó quiere usted que para rescatar esa carta ejecute las suertes de Blondin y los equilibrios de la familia anglo-americana Wesmyh?

FED. Señora, no soy empresario de circos olímpicos, si no médico legal.

LUISA. Y qué tiene que ver la medicina legal con los tormentos que por culpa de usted estoy padeciendo desde hace una hora?

FED. Voy á decírselo á usted: cuando un marido que no tiene más defecto que adorar á su esposa, dice á un médico que goza de toda su confianza:—«Cure usted á mi mujer; impida usted que me convierta en el hombre más desgraciado de la tierra.»—y el médico en cuestion sabe por una casualidad la dolencia que la mujer padece, recurre, para curarla, á los medios que cree oportunos, por muy extraños que parezcan. Aumenta los suplicios morales de la esposa, jugando con un papel que encierra el secreto de su corazon y que puede comprometer su felicidad; la hace considerar la horrible inquietud que engendra la primera falta; la posicion en que se colocan ambos esposos; la esclavitud y la vergüenza de la mujer; la rabia y el duro castigo del marido: y despues de hacerla meditar sobre todo esto, que á mi entender es muy digno de llamar la atencion, la dice con acento trágico:—«Un calavera, que te olvidará mañana por la primera mujer que encuentre en su camino, turba tu sosiego y empaña tu honra.—

Fascinada por él, has llegado, sin reparar, al borde del abismo—un poco más, y te precipitas para siempre en su fondo insondable.

LUISA. Gracias, Federico, muchas gracias.

FED. Se convence usted...

LUISA. Sí, señor; me convenzo de que el hilo impalpable de mis ideas, solo necesitaba para romperse un golpe como el que acaba usted de darle.

FED. Aun persiste usted...

LUISA. La razon cede el puesto á las sombras; el valor al completo abandono. Ya no pienso, ya no lucho; me entrego en brazos de la fatalidad.

FED. Qué quiere usted decir?

LUISA. (Sacando una caja chiquita de un mueble.) Ve usted esta cajita?

FED. Sí.

LUISA. Contiene píldoras. (Coge una.)

FED. Ya veo.

LUISA. Píldoras que usted ha mandado hacer.

FED. No recuerdo...

LUISA. Un individuo de la raza canina, un Queen-Charles desahuciado por los mariscales de más fama, debia encontrar en ellas el sueño eterno; sea yo quien le encuentre, y plegue al cielo que concluyan para siempre mis penas.

FED. Qué horror.—Píldoras de estricnina.

LUISA. (Acercando una píldora á sus labios.) Ni un solo paso.

FED. Luisa, por Dios, no juegue usted con ese veneno.—Me arrepiento de cuanto he dicho.

LUISA. Ya es tarde.

FED. Tome usted la carta. (La saca.) Tómela usted, y verá...

LUISA. Ya es tarde.

FED. (Arrodillándose.) De rodillas se lo pido á usted.—Luisa, hija mia, tome usted la carta.

ESCENA XII.

DICHOS, D. VALETIN.

VALENT. (Entra furioso y se apodera de la carta.) Infames!

LUISA. Ay!

VALENT. (Pegando á D. Federico.) Luisa, hija mia, léala usted... (Remedándole.)

FED. Caballero!...

LUISA. Valentin!...

VALENT. (Tirando todo lo que encuentra.) Toma cartitas, toma cartitas.

FED. Pero escuche usted...

VALENT. No era mala droga la que estabas confeccionando aquí entre tanto que me enviabas á la botica.

FED. Puede usted creer...

VALENT. Sí, todo lo creo y lo comprendo todo.—Este es el objeto que quereis saturar de fluido. (Enseñando la carta.) Estas son las brujerias de Mesmer y de Cagliostro, con las cuales quereis devolverme la felicidad.—Embaucador, charlatan...

LUISA. Pero cálmate.

VALENT. Yo no quiero calmarme, porque soy un tren descarrilado que aplasta á quinientos viajeros de una vez.—Hum! Y tú, hipócrita, obedecias cnanto te mandaba y me llamabas hijo mio para que creyese en lo prodigioso, en lo admirable del sistema.

FED. No hay tales carneros.

VALENT. (Gritando.) Aquí no se habla de carneros, señor don Federico.

FED. Me explicaré, pero no ha debido usted empezar...

VALENT. En España se empieza por los cachetes y despues se dan las explicaciones. Señora, lea usted esta carta.

LUISA. Yo! Jamás...

VALENT. Ahora mismo delante de tu cómplice.

LUISA. Pues bien, sí, la leeré y te convencerás.

VALENT. Al grano.

LUISA. (Ap.) Qué veo.. esta carta.) (Leyendo.) «Señor don Valentin...

VALENT. Ahí no dice eso.

LUISA. Míralo.

VALENT. (Leyendo.) «Señor don Valentin...» y por qué llama usted señor don Valentin á mi mujer, entra eso tambien en la cura?

LUISA. (Leyendo.) «Señor don Valentin. Muy señor mio...»

VALENT. Vamos, sigue la farsa.

LUISA. (Leyendo.) «Sabedora de que es usted tutor de don Pepito...»

VALENT. (Asombrado.) Que es usted sabedora de que yo soy el tutor de don Pepito? Pero qué majaderias son estas, señor! (Á Federico.)

FED. Déjela usted seguir y lo sabrá.

LUISA. «Me dirijo á usted para decirle que ha estado dos meses en relaciones conmigo.» (¡Y el miserable me decia... Oh! le aborrezco.) (Declamado.)

VALENT. Eh!

FED. Va usted comprendiendo.

VALENT. Que Pepito ha estado dos meses en relaciones... con quien...

LUISA. (Arrugando la carta.) Con una planchadora gallega á quien ha dado palabra de casamientto en Capellanes.

VALENT. Tu primo!

LUISA. No le des ese nombre, desde este momento deja de serlo.

VALENT. De modo que esa carta...

FED. Era de una planchadora que se permite ir á Capellanes.

VALENT. Y yo... y usted... pero quién le ha dado á usted esa carta?

FED. La he recogido del suelo.—Estaba al lado de ese velador.

VALENT. En donde la habia tirado yo sin leerla para ir á cuidar de mi almuerzo; pero todo esto no explica por qué estaba usted á los pies de mi mujer.

FED. Eso es lo más grave.

VALENT. Pues ya lo creo que es lo más grave.

LUISA. Á él le debo la vida.

VALENT. Tú!

LUISA. Sin sus ruegos estaria envenenada ..

FED. Con unas píldoras de estricnina...

LUISA. Que estan en esta caja.

VALENT. Horror! y por qué querias apropiarte el almuerzo de un perro desahuciado por la ciencia?

LUISA. (Bajando la cabeza.) (Qué le diré?)

FED. Porque sospechaba que habia usted dejado de amarla.

VALENT. Yo! yo dejar de amarte!—Verdad es que he sufrido mucho y que esta casa parece desde hace algun tiempo un manicomio; pero ni un punto pasó por mi imaginacion la idea de separarme de tí.—Riñe, alborota, rompe los muebles, ponme motes, llámame cernícalo, alcornoque, papagayo y rinoceronte; pero no atentes á tu vida.—¿No es cierto, Luisa de mi alma, que no volverás á coger el almuerzo del perro para proporcionarte con él una indigestion que no podrian curar todos los médicos del mundo? Prométeme que no te *estricnizarás*.—No me levantaré del suelo hasta que no me lo jures por los olivos de Atocha, y por la encina de Güernica.

LUISA. No, Valentin; el tiempo de prueba ha pasado ya.

VALENT. Y me amas?

LUISA. Como antes.

VALENT. Y no te darán ataques de nervios?

LUISA. Nunca.

VALENT. Y me llamarás borriquito mio como el dia que nos casamos?

LUISA. Te daré los nombres mas tiernos.

VALENT. De modo que estás completamente curada?

LUISA. El sistema de Federico y otras causas que seria inútil explicarte, han operado en mí ese milagro.

VALENT. Y á ti te lo debo todo, Mesmer, Cagliostro, hombre admirable.—Ah! Déjame que te estruje entre mis brazos.

FED. Basta, basta.

VALENT. (Abrazándole.) Yo quiero estrujarte, médico brujo de los tiempos modernos.—Ay! yo me pongo muy malo. (Vacilando.)

LUISA. Valentin!...

VALENT. La alegria me trastorna la cabeza.

FED. Agua!

LUISA. Socorro!...Socorro!...

VALENT. Esperaos, ya voy á romper... ya rompo... Aaaa... (Llorando.) Esta... es la... a. . a... alegria que se escapa como el agua del Lozoya, cuando se rompe una cañeria...aaaa... (Se oye un fuerte campanillazo.—D. Valentin da un salto.) Ese campanillazo estúpido me devuelve mis facultades.

FED. (Mirando á Luisa con intencion.) Está acaso en la puerta?...

LUISA. Mi primo.

VALENT. Nuestro primo.

LUISA. Dile que su conducta... le ha cerrado para siempre las puertas de nuestra casa.

FED. Que se ocupe solo de la planchadora gallega.

VALENT. Miel sobre ojuelas!—Le llevaré la mensualidad á su casa.

LUISA. No te dejes ablandar.

VALENT. Si me replica una sola palabra, rrris...

FED. Se bate usted con él?

VALENT. Le dejo tuerto por el ventanillo. (Váse coriendo.)

LUISA. (Á Federico con ansiedad.) Pero la verdadera carta?

FED. Se ha perdido.

LUISA. Oh! Si alguno la encuentra y llega á sospechar...

FED. Que importa, si de hoy más ha de desmentír usted con hechos las sospechas del mundo?

VALENT. Ya se ha marchado y podemos ocuparnos de nuestra felicidad.—La mia es espansiva como la pólvora de algodon.—Comeremos en la fonda.—Usted nos acompañará.—Beberemos champan y *lacrima cristi*, muchísima *lacrima cristi*.—Despues iremos al Retiro á pasear en la balandra, y esta noche al Real.—Quiero oir ins-

trumentos fuertes, quiero reir, llorar, rebuznar y cantar *La Muta di Portichi*, *Il ballo in masquera* y las seguidillas de Perico el ciego.—(Al público.) Señores: dispensen ustedes que no pueda despedirme con una brilantísimo discurso, pero la emocion, la turbacion, la trepidacion...—Mañana me explicaré con mas claridad, si tengo el gusto de volver á ver á ustedes.—Muy buenas noches.—

FIN DEL JUGUETE.

Examinado este juguete cómico, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 1.° de Abril de 1868.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.
Albacete	Ruiz.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Muro.
Alicante	Viuda de Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Coronado.
Barcelona	Cerdá.
Idem	V. de Bartumens.
Bejar	Lopez Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Pedreño.
Castellon	J. Maria de Soto.
Ceuta	M. G de la Torre.
Ciudad-Real	Acosta.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Viuda de Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	J. Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Brieba.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrio.
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez Alvarez.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Hijos de Gutierrez
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios.
Pontevedra	Buceta Solla y compañia.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	V.ª de Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Oña.
Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Gra. Campos.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	I. Garcia.
Idem	J. Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	A. Juan.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.